

Eduardo Casar

Herlinda Dabah y Alberto Lifshitz***La otra historia clínica***

Palabras y Plumas

México, 2012

Comienzo leyendo un poema que escribí hace algunos años: “La Facultad”.

LA FACULTAD

En la entrada de la Facultad
de Filosofía y Letras, un moño
negro le anuncia a los que van entrando la salida
de algún profesor que ahora sí
adquirió para siempre
la definitividad.

El moño negro hace que uno
amine el volumen del paso,
se trague fuerte a la saliva
para que pase alrededor del nudo
que anuda la garganta,
entrecierre los ojos para afinar el foco
y lea en el pizarrón donde se dice:

La Facultad anuncia la salida
de _____
con destino a _____.

Entonces uno se detiene
diez o veinte segundos:
el nombre le dibuja
la imagen de alguien
que se esfuerza y sonríe,
el tono de la voz,
los lentes de metal,

la manera de andar.
Si el nombre es el de uno
uno da media vuelta y no se toma
la molestia de firmar la tarjeta,
ni ese gusto de dar las últimas clases
porque de pronto,
muy repentinamente,
ya las dio.
Y se regresa, al fin,
por donde vino.

Y si el nombre es de otro,
entonces uno firma,
traga saliva, garraspea, da clase.

Y espera el día
cuando en el pizarrón
salga su nombre.

Todos tenemos la facultad de enfermarnos y, de plano o de pie, de morirnos. Por la sencilla razón de que somos productos vivos, más orgánicos que el café orgánico, y perecederos. “Todo lo que existe –dice Hegel– tiene derecho a perecer”.

Nada más que nosotros lo sabemos. Ahí va la hormiga, con su canasta y recogiendo las enaguas... cuando de pronto: OSCURO. La suela de un zapato inocente o perverso, premeditado o travieso, viejo o niña, la cancela. STOP. PUNTO. YA. KAPUT. Nada existe ni existirá jamás.

No importa tanto porque las hormigas son una sola hormiga: una especie, un solo cuerpo gigantesco y desmembrado cuya superficie abarca todo el mundo. Mientras que los humanos tenemos nombre y número de cuenta (6804855-4), afectos y sabidurías suplantables pero insustituibles, y una vida simbólica que perdura más allá de la vida de nuestro peculiar soporte orgánico. Somos, en todo caso, la gran mancha que genera individualidades.

Somos la encarnación de muerte sin fin, constantemente muriendo y regenerándonos, somos “esa discordia/ que

nutren vida y muerte inconciliables, / siguiéndose una a otra/ como el día y la noche,/una y otra acampadas en la célula/ como en un tardo tiempo de crepúsculo” (como decía Don Goros en su famoso poema que habrá de terminarse hasta que el sol se extinga).

Henos aquí leyendo arrebatados, arrobados, a Villaurrutia y de pronto tenemos que sonarnos... ¡Qué modo de ser interrumpidos por nosotros mismos! ¿Entonces para qué estamos aquí? ¿Para ser interrumpidos?

Sí: exactamente. Para ser interrumpidos. Ser es ser interrumpidos.

Por la ley de gravedad que nos jala hacia el fondo cuando no hay mar sino una tristísima banquetta. Y entonces se quiebra la muñeca y nos hace estar escondidos por los rincones, temerosos de que alguien la vea.

Por el virus invisible de la gripe que nos hace dejar a Hegel y dedicarnos mejor a ver el canal 2 después de arrojar lejos el control, para sufrir a gusto, para encontrar plenitud aunque sea en el sufrimiento de la autodestrucción que comenzó el virus invisible.

Por la bendita casualidad que lo mismo nos llevó a encontrar a esos ojos sin los cuales la vida no hubiera tenido sentido, que a encontrarnos de frente con las tres toneladas de camión que nos aplastan a 120 kilómetros por hora.

¿Por qué si sabemos que engendramos condenados a la muerte y al parkinson nos afanamos tanto en extraerlos de la nada, con movimientos pélvicos, gozosos, de reggae y entre risas de frente para dejarlos luego entre llantos de perfil y de cabezas bajas?

Porque somos los vivos y la vida no tiene más sentido que ella misma.

Si la más alta floración de la materia es el ser humano, y si la más alta floración del ser humano es el lenguaje, hay que ejercernos entonces, construyendo otro lenguaje adentro del lenguaje, haciendo literatura, tatuándolo por dentro de sus vías habituales.

Qué espléndida la idea de Herlinda Dabbah: darle la palabra a los pacientes y a los padecientes de impacientes, a los alrededores todos de las pequeñas muertes cotidianas, a las enfermedades plantas que nos adornan y que cultivamos desde que son semillas.

Qué espléndida idea la de hacerlo y recrearlo combinando la escritura de los profesionales del cuerpo

y los profesionales de la palabra; combinando los miedos parecidos y los padecidos; abriendo un espacio al derecho a la escritura que tenemos todos y no todos usamos.

Porque se trata de un libro donde comparten espacio algunos profesionales de las letras con otros que simplemente escriben sus testimonios pero que no tratan de conmocionar con sus bisturíes y escalpelos literarios.

Citaré algunos, para ver si acuden

El texto “La invencible”, de Vicente Quirarte es una verdadera pieza maestra. Otros son casi inverosímiles pero verídicos y aterradores, como el de “Ya son las doce”, de esa gran intelectual que es Mónica Mansour, nuestra colega, afectada por las ondas electromagnéticas de las numerosas antenas que rodeaban su antigua casa. Un termómetro para detectar su padecimiento fue el extraño comportamiento de su computadora, que también y simultáneamente se vio afectada.

Los “Diálogos desde el subconsciente”, de Emilio Andrés Aguirre Gas son de una escritura no muy elaborada pero de una gran eficacia en el sorprendente final de su texto.

Para rematar esta presentación tengo que citar aquí los poemas de mi entrañable Ricardo Torres, un amigo mío desde la preparatoria, generoso, ávido, sensible, quien padeció un insólito cáncer. En una de sus sucesivas resurrecciones emprendió la tarea de escribir y entrenarse para hacerlo cada vez mejor y con mayores instrumentos hasta alcanzar a expresar las intrincadas complejidades de su experiencia intelectual y emotiva. Acabó ganándole al cáncer, porque mientras que el cáncer no aprendió a escribir, Ricardo dejó unos poemas que van a sobrevivirnos y que nuestros nietos van a seguir leyendo después de que nosotros, sus lectores actuales, abandonemos para siempre el hábito de la lectura.

Estoy tentado a decir que la única enfermedad invencible es el tiempo, pero eso sería muy injusto con el pobre tiempo, porque él también nos construye, nos saca del caos amniótico y nos organiza, y nos da belleza, y música y risa y dignidad y orgullo.

La otra historia clínica es un gran aliciente para seguirnos ejerciendo.

Carmen Trueba Atienza

Herlinda Dabah y Alberto Lifshitz***La Otra historia Clínica***

Palabras y Plumas

México, 2012

Agradezco mucho la invitación de Linda Dabah a presentar *La otra historia clínica*. Comenzaré por destacar y elogiar la idea que está detrás de este interesante proyecto y novedad editorial que podría tocar en cierto modo los lindes de un libro de autoayuda y que en rigor es una obra literaria y filosófica de gran calidad.

En palabras de Linda Dabah y Alberto Lifshitz, los editores del libro *La otra historia clínica*, que hoy presentamos, y dicho sea de paso, autores también cada uno por su parte de otros dos textos incluidos en el mismo volumen: “Esta obra propone al receptor la posibilidad de ver desde distintas perspectivas, la vida y la muerte, la salud y la enfermedad y todo un cúmulo de sentimientos y emociones que se viven en los procesos de nacer, enfermar, sanar, envejecer y morir” (p. 15). Yo agregaría que de curar, tratar, intervenir, medicar, cuidar y acompañar a quienes experimentan de manera aguda estos procesos, los pacientes y enfermos, ya sean personas cercanas, parientes y amigos, o desconocidos.

Uno de los principales logros del libro es “acercar al médico al enfermo, pero como persona humana y no solo como cuerpo u organismo biológico; acercar a la enfermedad no solo como alteración o lesión biológica, sino como una experiencia llena de significados” (pp. 17-18), según las palabras del Dr. Fernando Martínez Cortés citadas por los editores casi al final de la *Presentación* del libro. Es quizá este doble y múltiple punto de mira el que explique la decisión tipográfica de agrandar en la portada del libro la vocal O en el título, para juntar o aproximar los dos elementos que lo componen: la historia clínica y la otredad, al igual que la decisión de situar los números de las páginas casi al centro y en los márgenes del texto, a izquierda y derecha, como en espejo y como queriendo significar este diseño de página la intención comunicativa, mediadora y propiciadora del diálogo y la mutua comprensión entre paciente y médico, y sanos y enfermos,

que tanta falta nos hace a todos para experimentar la tan necesaria empatía con el Otro o con la Otra, no sólo para acompañarle y entenderle, sino para comprender que todos somos igualmente vulnerables y necesitados de cuidado y comprensión, que la relación médico-paciente y sano-enfermo es fundamentalmente una relación con el Otro que es, en último término, uno mismo, como bien plantean en su breve e inteligente *Presentación* del volumen, Linda Dabah y Alberto Lifshitz, siguiendo a Bajtin y a Ricoeur: “La proposición entonces sería que, partiendo de la literatura, podemos adentrarnos hacia nuestra propia comprensión” (16). El breve comentario introductorio de los editores, condensa toda una concepción de la literatura, de la escritura y la lectura, y la relación hermenéutica o interpretativa con el texto, como un diálogo y también como una fuente de autognosis y de aprendizaje.

La otra historia clínica reúne una diversidad muy rica de textos relacionados con historias clínicas entramadas en distintas historias de vida y experiencias. El libro consta de siete secciones: Prólogo, Presentación, Nosobiografías, In Honorem, Nosografías, Biografías y Semblanzas. Los títulos de cada sección indican el cariz de los textos reunidos, los cuales nos brindan una aproximación múltiple a las vivencias de la enfermedad, el dolor, la angustia de la muerte, el sentido de la vida, la amistad y la soledad, a través de testimonios, narrativas, poemas o ensayos focalizados desde distintas perspectivas y puntos de mira de la vida y la muerte, la enfermedad, el proceso de envejecimiento y la angustia. Cada autor y autora elige y cultiva un género literario para comunicar al lector ya sea una experiencia o un saber especializado, fruto de la vivencia directa o indirecta o bien basado en conocimientos clínicos y en la práctica médica, en un tono peculiar, desde el más grave o serio al humorístico, invitándonos a meditar y comprender mediante un sutil juego de ironía un conjunto de experiencias humanas ligadas a nuestra condición vulnerable y mortal.

La lectura de cada uno de los textos del libro puede resultar catártica y en cierto modo terapéutica y aleccionadora, de maneras variables y muy personales, según las circunstancias y la sensibilidad del receptor. En esta ocasión y para fines de esta presentación, me referiré en

especial a algunos de los textos que conforman el libro, sin que esto signifique desconocer el interés o el valor de todos los textos incluidos en el volumen, ya sea en cuanto textos literarios, como ensayos, testimonios personales o como frutos de la elaboración íntima de ciertas vivencias o en tanto expresiones poéticas de las propias emociones, reflexiones, conocimientos, inquietudes y experiencias, y en algunos casos, como ficciones literarias. Mi propósito es tan solo resaltar ciertos aspectos del libro que, como lectora, me parecen particularmente relevantes y significativos, que quisiera compartirles. Me limitaré, en algunos casos, a citar unas frases sueltas y agudas, desparramadas en el libro, porque condensan reflexiones profundas, y comentaré después tres textos de manera más particular. Como en todo, las preferencias literarias y el estado de ánimo del momento desempeñan su papel en la elección. A veces simplemente por una especie de fototropismo emocional, por eludir la depresión y la tristeza, o por sentirme más acogida o segura en un terreno menos angustiante.

Empezaré por leerles algunas líneas y frases tomadas de diversos textos del libro que condensan experiencias y reflexiones profundas, como ésta de Arnoldo Kraus en *Notas de un enfermo terminal*:

“[...] Decir adiós con entereza para herir menos a los tuyos debe ser el culmen del diálogo entre quien muere y quienes se quedan. ¿Es eso factible?, ¿se puede?, ¿es posible lograrlo? Escribir ayuda. Estas palabras son fragmentos de un pequeño relato y un encuentro imprescindible, conmigo, con los míos [...] Escribir atempera el dolor [...] El último adiós es algo más que dolor. Es una vivencia diferente e indescifrable. [...] Intentas ser íntegro” (pp. 132-133).

Encuentro en estas líneas ecos del *Fedón* platónico. Sólo que Sócrates, según Platón, se limitó a componer antes de morir un texto poético en desagravio de la Musa (*Fedón* 61b), pues prefirió siempre la palabra hablada a la escrita (*Fedro*) y se despidió de los suyos, su mujer e hijos, primero, y después, de sus amigos filósofos con un diálogo tranquilo y consolador, una *therapeia psyches*.

Sobre el significado y el valor de la salud, Alberto Lifshitz, en *La salud de cada quien*, nos dice: “La salud es, ciertamente, un *desiderátum* [“lo mejor que se puede desear en la cosa de que se trata”, según el *Diccionario* de María Moliner] que suele tener prioridad entre los valores de la vida. Ayuda a sentirse bien, propicia una mayor supervivencia y es la plataforma a partir de la cual se desarrollan las potencialidades humanas [...] El

asunto es cuáles son los límites” (p. 149). Esta cuestión ocupa el centro de su relato, inspirado en un caso clínico de una paciente obsesionada con el peso y la apariencia física, que encierra un alcance filosófico mayor, que el autor deja ver con claridad, como un problema abierto y complejo que atañe primariamente a cada individuo en lo personal, aunque nos inquiete y nos preocupe a todos, y que la bioética tiene como uno de los principales ejes del debate en torno a la vida digna.

En una línea de reflexión próxima a la anterior, citaré de *La invencible*, de Vicente Quirarte: “Pidamos merecer el tiempo en que si ya nada podemos decir, estamos dispuestos a aceptar otras formas, no necesariamente indignas, de existir. O si ha llegado el momento de borrarlos por completo” (281).

Los temas del sentido, la dignidad y la calidad de la vida aparecen de manera recurrente en la obra, tratados desde distintos ángulos. Como en *¿Hasta dónde la lucha?*, de Marcelo Páramo Díaz, donde el médico y amigo del paciente se pregunta al final: “¿la calidad de vida se debe sacrificar a cambio de sobrevivencia?” (p. 267) y que el relato nos deja abierta, a todos, como tarea. Pregunta difícil pero ineludible, que nos concierne por igual y que los médicos no deberían decidir nunca de manera unilateral.

La otra historia clínica permite escuchar las voces tanto de enfermos como de médicos, y propicia un diálogo vivo, franco y directo entre unos y otros. Los médicos exponen sus propias reflexiones acerca de la enfermedad, la vida y la muerte, desde su horizonte profesional y al mismo tiempo como seres humanos sensibles y dispuestos a escuchar la voz de los enfermos. En palabras de Alicia Rebolledo Libreros: “Las numerosas lecciones de vida que mis pacientes moribundos me habían dejado antes de partir” (*La cita*, p. 320). Antonio de la Torre Bravo, por ejemplo, en relación con la importancia del diálogo y la comunicación del médico con sus pacientes, en *El director espiritual*, aborda el tema del temor a la muerte y la posible función terapéutica de la conversación entre médico y paciente, si no curativa, al menos consoladora: “reanudaremos esta conversación; hablar y compartir ya es de por sí una forma de descubrir soluciones ya existentes en nosotros mismos” (398). El médico dispuesto a hablar y comunicarse con el enfermo o la enferma sin que con ello aspire o pretenda fungir como un guía espiritual suyo, sino tan solo comportarse como otro ser humano tan perplejo como él o ella, pero no distante ni ajeno, sino capaz de

escucharlo, de dialogar con el otro o la otra y acompañarlos en cierto modo en su propio tránsito.

Leeré unas líneas escritas por Jaime Lozano Alcázar en un tono muy distinto, sobre la “recuperación” de un paciente aquejado de cataratas. Detrás de un conjunto de detalles aparentemente triviales del relato *El caballito de bronce*, aparecen aspectos relevantes e idiosincrásicos de nuestra cultura que la narración de Lozano Alcázar hace patentes, como la precariedad e insuficiencia del sistema de salud pública, y dirige nuestra mirada a las relaciones de mutua dependencia y solidaridad entre los enfermos y las personas cercanas que los apoyan y cuidan, vínculos que no dejan de estar traspasados y articulados con las distintas relaciones de poder que conforman nuestras formas de vida social:

“[...] Al día siguiente de la operación nuevamente llegaron al consultorio. Albina guiaba. En cuanto le fue retirado el apósito que cubría el ojo operado y Odilón lo abrió, no pudo reprimir su sorpresa, se dibujó una amplia sonrisa en su rostro y con voz enérgica dijo: Vieja ya veo, ahora tú te vas atrás” (*El caballito de bronce*, p. 161).

Leeré en seguida algunas frases que condensan vivencias y estados de ánimo, tales como “...no sé de dónde saqué tanto dolor, ni de dónde tanta falta de rumbo” (*Cuando la vida pierde sentido*, Andrea Montiel Rimoch, p. 194).

“Ya he olvidado lo que es estar de pie, erguida, tener la altura suficiente para ignorar los pubis que son la carta de presentación de quien pasa junto a mi cama” (*Vergüenza*, María Esther Núñez, p. 236). Un texto fino y rico en matices y contrastes.

Me referiré ahora a tres relatos. El primero, *Basado en evidencias*, un cuento macabro excelente. Su autor, Samuel Ponce de León, nos ofrece un caso de filantropía extrema: el personaje principal descubre que su entrañable tía, gravemente enferma y enteramente desvalida, sufre el maltrato cotidiano y sádico del marido “sufrido”, fiel e hipócrita, y basado en tan claras evidencias, el sobrino decide liberarla de una manera radical.

El segundo relato, *Souvenir*, de Rogelio Vega, es un cuento menos futurista y de ciencia ficción de lo que cabría pensar, cuya trama gira en torno al proceso de envejecimiento. El autor sitúa la narración en una etapa futura de nuestra civilización, que ha logrado por fin retardar y erradicar casi por completo la vejez mediante eficaces y costosos tratamientos. El lector se ve llevado a meditar sobre el proceso de envejecer y su significado en una cul-

tura que se resiste a aceptar la vejez y a experimentarla como parte de la vida misma.

Por último, me referiré al texto de Vicente Quirarte, *La invencible*, título que juega con el nombre de una cantina del Barrio de San Ángel. El autor vierte sus reflexiones existenciales más íntimas, a partir de sus propias vivencias e inquietudes en torno al suicidio de su padre. Quirarte cita como epígrafe, en el idioma original, las palabras con que Albert Camus abre *El mito de Sísifo*, que yo leeré en seguida abreviadas y traducidas al español: “No hay más que un problema filosófico verdaderamente serio: el suicidio. Juzgar que la vida vale o no vale la pena de que se la viva es responder a la pregunta fundamental de la filosofía...”¹ Quirarte reconstruye el sitio y la escena que intenta revivir y se esfuerza inútilmente por entender: “No solo porque yo no estaba en la Ciudad de México cuando los seres más próximos a la familia comenzaron a hablar, con piadoso y bien intencionado eufemismo, del accidente que había sufrido el maestro Quirarte, me obsesioné por reconstruir cada momento de su estar en el mundo” (p. 279). Testimonio y meditación profunda sobre la vida, la escritura, la locura, la desesperación y la muerte.

Nadie está nunca con quien decide poner fin a su propia vida de una buena vez. Todo es páramo, soledad y angustia para él. Quirarte, hijo, se debate y se propone arduamente descifrar y enfrentar a un mismo tiempo las razones de Quirarte padre, y en el camino, se esfuerza por buscar, asir y reunir los contados destellos luminosos que su memoria le trae de su padre, como aquélla carcajada que recuerda haber escuchado un día de niño, la carcajada “que nunca debió de haberlo abandonado” y a la que él mismo se aferra para que no lo abandone (291).

“Mi padre apostó sus mejores cartas a la palabra escrita. No escribir era morir. La vida es mejor que la escritura, pero el estigma de nuestra tribu permanece, para bien o para mal, como el fuego de San Telmo en que templaban sus armas los arponeros del *Pequod*, en la atroz y maravillosa aventura de Herman Melville que llevo tatuada en el alma. Vencer la blancura, sí. Conservar el honor, la varonía, pero mantener a raya los embates de la sombra” (p. 289).

“[...] El poema de mi padre Rubén puede leerse como: escribo para aquellos que, no obstante su desamparo, gracias a su desamparo, forjan las armas para enfrentar mejor el ignorado heroísmo de ser hombre. A *La Invencible* se llega con preguntas. Jamás se sale con respuestas. La verdadera invencible, la otra, la temible, no abre los domingos” (p. 290)

Antes de terminar mi presentación, leeré unas líneas más adelante del mismo texto:

“[...] Con su última clase, el maestro dejó una tarea, pero no esperó que los de su sangre la hiciéramos. Yo quise empezarla el día en que murió y no la he terminado en esta sucesión de años que ya van siendo muchos. La intento en la mesa de trabajo que fue suya, donde *vivió, escribió y amó*. Trato de no ser como él. Soy inevitablemente, como él. Vivir es escribir con todo el cuerpo. Resistir es más digno que existir” (291).

El arte y la filosofía nos abren una infinidad de mundos y de horizontes de comprensión y de reflexión, y sin la lectura muchos de esos mundos resultarían oscurecidos o quedarían olvidados y clausurados para nosotros. Felicito de la manera más entusiasta y calurosa a la Editorial Palabras y Plumas, y en especial a Linda Dabbah y a Alberto Lifshitz por la edición y publicación de este magnífico libro, lo mismo que a la diseñadora y todos los autores

que colaboraron en él, e invito a todos los asistentes a leer completa *La otra historia clínica*.

Carmen Trueba Atienza

Ciudad Universitaria

Salón de Actos, Facultad de Filosofía y Letras

U. N. A. M.

Jueves 20 de septiembre de 2012

REFERENCIA

1. Camus, Albert, *El mito de Sísifo*, trad. Luis Echávarri, segunda reimpresión, Buenos Aires, Editorial Losada, Colección Cásicos Losada, 2003, p. 15.

Manuel Ramiro H.

Andreae Vesalii

De Humani Corporis Fabrica

Facsimilar

México, 2011

Andreae Vesalii. *De Humani Corporis Fabrica. Libri Septem. Baseileae MDXLIII. Iunio. Edición Facsimilar*. México. Fomento Cultural Banamex. Academia Mexicana de Cirugía. 2011. Tuve la suerte de tener conmigo esta maravillosa obra durante unos días, tiempo en el que pude ojearlo y hojearlo detenidamente. Se trata de una edición facsimilar de la primera edición de *La Fabrica*, del original que se encuentra guardado en la Biblioteca Palafoxiana, en la Ciudad de Puebla. El libro es el logro de un esfuerzo conjunto del Gobierno del Estado de Puebla, de Fomento Cultural Banamex y de la Academia Mexicana de Cirugía. Tiene varios prólogos, uno del Gobernador Moreno Valle, otro de José Antonio Carrasco de la Academia Mexicana de Cirugía y uno más escrito de forma conjunta por Roberto Hernández Ramírez y Alfredo Harp Helú de Fomento Cultural Banamex, en los que nos enteramos de las intenciones y acciones para publicar la obra, desde luego se trata de motivaciones extraordinarias, acciones destacadas que consiguen un logro asombroso. Llama mucho la atención, que la obra

es descubierta cuando la Biblioteca Palafoxiana es restaurada en 1999 después que un temblor, que sucedió en la Ciudad de Puebla, la dañó considerablemente. Fomento Cultural Banamex patrocina la restauración y al ordenar su contenido, entre otras obras es descubierta esta primera edición de la obra de Andrés Vesalio. Gestiones de varios presidentes de la Academia de Cirugía consiguen los permisos y patrocinios para esta hermosa edición facsimilar.

El libro va precedido de un estudio de Carlos Fernández del Castillo Sánchez, en el que se destaca que el autor es un gran conocedor y admirador de la obra de Vesalio. Este prefacio nos describe con detalle, para mayor mérito lo hace brevemente, como Vesalio consigue escribir su libro después de grandes estudios realizados al mismo tiempo con paciencia e intensidad y de utilizar sus capacidades y encantos para conseguir los permisos necesarios para su publicación; hace una descripción de los contenidos de los siete libros destaca los contenidos del índice final. Realiza una descripción y un análisis de la portada del libro, lo que requiere de conocimientos e imaginación, también lo hace con la segunda página, en la que aparece una representación de Vesalio con un miembro superior diseccionado. Nos relata como se consiguen los grabados con el trabajo de muchos artistas supervisados por Vesalio, donde destacan los trabajos de *Calcar*, de quién se origina

el concepto de copiar con papel, papel calca para calcar. Fernández del Castillo no se hace partícipe de la versión que las tablas de xilografía para los grabados fueran hechas por *Vecellio Tiziano*, pero es muy probable que sí se realizaran en su taller. Dentro de la bibliografía que nos ofrece destaca una traducción al español de *La Fabrica* con un prólogo de Laín Entralgo, que habrá que intentar conseguir. El escrito de Fernández del Castillo hace digno prefacio de la edición.

El facsimilar de un incunable es en sí un grato acontecimiento; ver, leer un libro realizado antes de 1501 constituye por sí mismo una emoción particular, pero si además se trata del primer libro científico de la humanidad esta emoción puede ser mucho mayor. No sé si *La Fabrica* es el primer libro científico (creo que sí), pero si es el primer libro científico médico, constituye el inicio de un

cambio que dura hasta el momento y que probablemente no terminará nunca, la búsqueda de nuevos conocimientos. Está escrito con el resultado de la observación y el análisis de los trabajos de Vesalio, es el primer libro que contiene resultados de los estudios, y deja a un lado los conocimientos acumulados a través de siglos, casi todos sin comprobar. Es además un libro que tiene claros fines educativos porque contiene indicaciones y sugerencias para realizar las disecciones y conservar los materiales.

El esfuerzo de la Academia Mexicana de Cirugía, de Fomento Cultural Banamex y del Gobierno del Estado de Puebla es digno de agradecimiento y de felicitación. Es sabido que las ediciones facsimilares no pueden ser muy grandes (ésta fue de 1000 ejemplares), pero quizá pueda realizarse una *edición facsimilar electrónica* para que muchos más médicos la podamos tener y disfrutar.